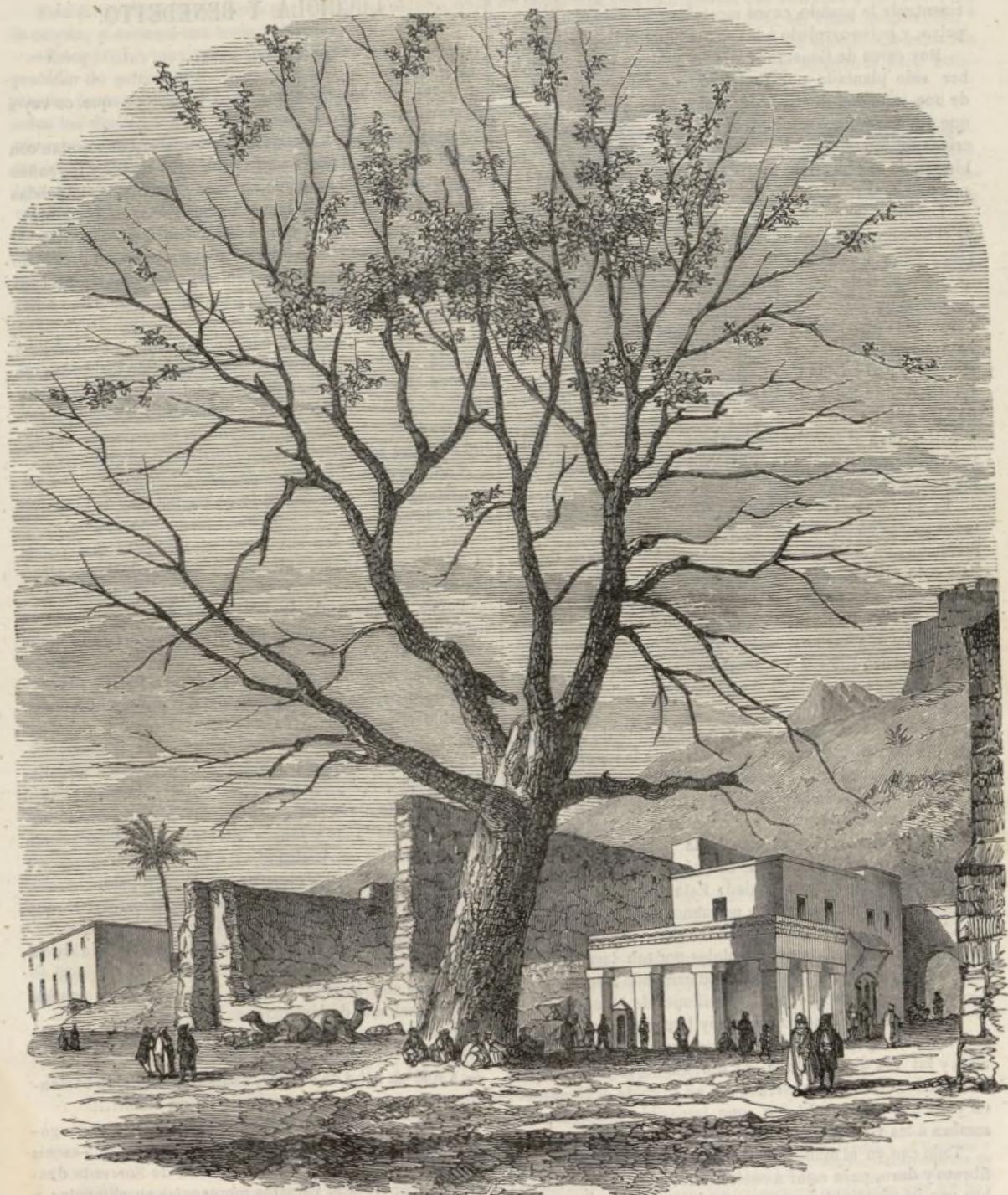


RECUERDOS DE ARGEL.



El plátano de la puerta Bab Azoun.

Los árboles son monumentos, y monumentos animados. Viven con nosotros, asisten serenos y llenos de magestuosa longevidad á nuestras miserables pasiones, á nuestras tristes querellas, á la série y término relativamente prematuro de nuestros días llenos de agitación y de angustias.

SEGUNDA SERIE.—1855

Tienen como nosotros, sus ancianos, sus centenarios que alcanzan alguna vez hasta diez siglos. Estos patriarcas de la vegetacion son en todas partes objeto de una piadosa y poética veneracion. ¡Han visto tantas cosas!... Su historia se halla enlazada con el recuerdo de los reyes y de los héroes,

AÑO XIII. 49.

cuyo nombre popular no es mas que un punto lejano en el horizonte de lo pasado, cuyos mortales restos no son mas que polvo, y polvo arrojado á los vientos que lo han dispersado.

Hay cerca de Constantinopla un plátano que se dice haber sido plantado por Godofredo de Bullon. Compónese de una infinidad de troncos unidos unos á otros, y es mas que un árbol un bosque. Apesar de su origen enemigo y cristiano, lo respetan los musulmanes. Los pastores establecen allí sus hogares, los pájaros encuentran sombra bajo sus inmensas ramas.

Los árboles tienen sus destinos como los libros, y corto es el número de los que pueden escapar á la *segur del rústico* y pasar sin detrimento á las remotas generaciones.

La capital de Argelia poseia tambien desde tiempo inmemorial un soberbio plátano que cubria con su sombra cerca de la puerta de Bab-Azoun la muralla á que se hallaba arrimado y toda la plaza inmediata. Esta plaza era la del mercado, y al mismo tiempo el punto de reunion, el cuartel general de todos los barqueros moros, de los titiriteros kabilas que hacian juegos de manos, tragaban serpientes, y entretenian al populacho de Argel, de los ciegos mozebitas ó biskris que imploran la caridad y piden limosna, y de los cantores y músicos ambulantes.

Es un rasgo inherente de la vida oriental, confundir en todas partes en un mismo sitio las escenas de terror y de diversion, de animacion y de muerte. Allí en otro tiempo bajo este plátano no solamente administraba la justicia el dey, como San Luis bajo la encina, sino tambien se ejecutaban las sentencias de muerte, escepto aquellas que la razon de estado exijia que se ejecutasen secretamente, y en el régimen bárbaro que regia á Argel antes de ser conquistado por los franceses, es facil de conocer que este era el número mas considerable.

El plátano comprendido dentro del recinto de la ciudad, estendia sus estensas ramas por encima de las murallas, en cuya cúspide estaban los garfios en que se collocaban y dejaban á la intemperie la cabeza de los reos ajusticiados.

En presencia de estos sangrientos y diarios dramas, cantaba, jugaba, reia y se divertia la poblacion de Argel, y el café moro del *Plátano*, no era ni el menos concurrido ni el menos alegre de la ciudad. Esta prodigiosa mezcla entre los musulmanes, explica no menos que su desden por a vida, el cómo un puñado de turcos aventureros pudieron haberlos subyugado, y gobernádoslos por tan largo tiempo cual un vil rebaño, esplotando, y diezmando á su antojo y placer una poblacion de muchos millones de hombres.

En fin, este plátano ha caido hoy tambien á su vez, pero ha visto caer antes en su larga carrera mas cabezas que años y tal vez dias contaba. El derribo de la muralla que se consideraba inútil, ha arrastrado en su caída el gigantesco y secular plátano trágico, que impasible prodigaba su sombra á los vivos y á los muertos. *Sic volvere fata....*

Todo cae en el mundo á su vez, y no basta un corazon fibroso y duro, para estar á cubierto de los males que encubre una impenetrable corteza.

El hombre orgulloso un dia, el árbol orgulloso uno ó dos siglos, los edificios de granito que desafian la serie de los siglos, no escapan de la destruccion mas pronto ó mas tarde. Es un signo inevitable que ha impreso á todo lo humano el dedo omnipotente del Eterno!!!

LUCCIOLA Y BENEDETTO.

CUENTO MORAL.

Hace muchos años que pasó la historia que os voy á contar.....

Gigantes olas coronadas de hirviente espuma azotan con sordo ruido las playas de Sorrento, y los abetos y las cañas silvestres se doblan gimiendo sobre sus raices, impelidas por el recio huracan de una tempestuosa tarde de otoño.

Las gruesas masas de pardas nubes que encapotan el firmamento, dejan ver á intervalos el suave azul del cielo de Nápoles, y los últimos rayos del sol esquivan la opacidad de la espesa y plomiza niebla para dar su vespertino adios á las ondas tranquilas.

Un hombre contempla con rostro sombrío tan sublime espectáculo. Sus ojos azules como el cielo de los Andes, se fijan en el horizonte, por donde el sol ha esparcido tristemente sus últimos rayos; y sus brazos musculosos, prematuramente demacrados, se cruzan con desesperada inquietud sobre su pecho.

Contará apenas treinta y dos años.

¿Es algun filósofo, abismado en contemplar la inmensidad de la creacion?

Muy limitados son sus conocimientos para que pueda su inteligencia lanzarse al estenso espacio de las concepciones sublimes.

Pobre barquero de las playas de Sorrento; jamás su vista ha pasado la estension de agua que recorre su lancha pescadora al recoger sus redes.

Sufé, su imaginacion, su amor, están en Dios, en la memoria de su esposa perdida, y en sus dos pobres huérfanos.

Pablo el pescador, vive solo por sus hijos y para sus hijos.

Benedetto y Lucciola son las dos perlas de aquellas playas.. . . .

Con aire sombrío llega el pescador á su modesta morada, hecha de cañas y juncos entretregidos; y bien pronto se vé cercado de sus tristes hijos, que corren presurosos á aliviarle de sus vestidos mojados por la marejada.

—Papá, papá, dice Lucciola entre sollozos.—¿Por qué estais triste?... ¿No nos amais ya?....

—Hijos míos.... ¡no amaros, cuando sois la vida de mi vida!....

Y enjuga con la gruesa tela de la manga de su vestido sus ojos hinchados de lágrimas.

—¿Qué pesar teneis, padre mio? exclamó Benedetto conmovido.

—¿A qué os lo he de ocultar, cuando no he sido bastante discreto para ahogar los pesares de mi alma?....

—¿No participamos de vuestras alegrías? ¿No venis gozoso á besar la frente de vuestra Lucciola, cuando sacais las redes llenas, y mas aun cuando venis de Sorrento despues de haber trocado vuestras mercancías en alimentos y juguetes para vuestros *pobres niños*, como nos llamais?....

—Sí, es verdad;... pero sufro porque mis inocentes *pobres niños*, van á verse envueltos en la desgracia de su padre.

—Pero....

—¿Por qué decís eso padre mio? exclamó Lucciola, fijando su intranquila y penetrante mirada en los ojos de quien le diera el ser.

Este dirige inquieto su vista por todos los objetos que le cercan, y exclama con lento y desesperado acento:

—Estoy triste, muy triste, hijos míos, porque yo, pobre pescador de estas casi desiertas playas, no tengo para alimentar á mis *pobres niños* otro pan que el que adquiero todos los días en cambio de la pesca que me proporcionan mis manos. Porque hace tres soles que la mar se agita como impulsada por la cólera del Dios de los abismos; y hace tres días que no puedo ir á Sorrento para comprar pan para mis hijos. Porque aunque calmára la mar, mi débil barca pescadora fué casi destrozada ayer por el vendaval, y las mallas de mis redes quedaron rotas hasta el extremo de tener que trabajar muchos días para componerlas, y poder ocuparme otra vez en mis tareas diarias. Porque mañana morireis de hambre, sino mendigo en Sorrento el pan que habeis de llevar á vuestros labios; y porque veo que para alimentaros hoy, solo tengo un pequeño pedazo de pan, y algunas gotas de agua para apagar vuestra sed.

—Padre mio, dice Lucciola, nosotros no tenemos hambre ni sed.

—Si, exclama Benedetto, esos manjares podrán templar las fatigas de vuestra larga marcha por la playa, y os dará aliento para que nos acompañeis mañana á pedir el pan, que ha de mantenernos hasta que estén compuestas las redes y tranquila la mar.

—Es verdad, padre mio, Benedetto tiene razon.

—¡*Pobres niños!*.... ¡Cómo habreis de sufrir tantos pesares!.... Tomad, dividid esos escasos alimentos, escatimados de vuestra comida de ayer. Yo he tomado hoy algunas raices, que han ahuyentado de mis labios el hambre y la sed...

—No, no, ni Lucciola ni yo tenemos hambre, replicó Benedetto cubriendo de besos las descarnadas mejillas de su padre.

—¡Cuántos sufrimientos pasais, hijos míos!

—*El sufrimiento es el pasto de las almas nobles*, ¿no es verdad. Benedetto, que así nos lo decia nuestra pobre mamá que nos bendice desde el cielo? exclamó Lucciola arrojándose en los brazos de su padre.

Algunos golpes dados en la puerta de la aislada cabaña interrumpen tan triste escena, y bien pronto una voz fallecida demanda hospitalidad á los pobres pescadores.

Un desgraciado naufrago, perdido en aquellas desiertas playas, con lujosos vestidos, pero desgarrados y empapados de agua, les pide asilo por aquella noche, un pedazo de pan que temple su hambre, y una poca de agua que calme su sed.

—Perdonadme, noble señor, exclama el marinero, pero

no tengo mas alimento que los que veis allí, y esos son para mis *pobres niños*. Nadie ha pedido en vano hospitalidad á mi cabaña, pero mis hijos mueren de hambre, y ellos son primero. ¡Si mi sangre fuera manjar suficiente para satisfacerla!....

—¡Oh... yo muero de sed!

—Es imposible que la satisfagais, exclama Pablo apoderándose con viveza del vaso que contenia el precioso licor.

Lucciola mira á su padre, y con la rapidez del pensamiento, pone el endurecido pan en manos del extranjero que lo consume instantáneamente con ansia.

—¿Qué haces, hija mia?... ¡Tal vez mañana no ser á tiempo de salvar tu vida... y habrás muerto de hambre! exclama el pescador abandonando el vaso de agua.

Benedetto le pone en manos del recién llegado, quien apura hasta la última gota.

—Ahora, padre mio, perdonadnos, dice Lucciola arrojándose con Benedetto á los pies de su padre.

—Dios os premie tanta virtud, hijos míos, exclama el pescador recibiendo en sus brazos, y mojando sus mejillas con las ardientes lágrimas de sus ojos.

—*Dios premia las buenas obras*, ¿no es verdad Lucciola? Así nos lo decia nuestra pobre madre que nos protege desde el cielo.

La mañana siguiente apareció el sol brillante, en una atmósfera despejada y tranquila.

Cuando despertaron Pablo y sus hijos, el huésped habia desaparecido, sin dejar el menor indicio por el que pudiera venirse en conocimiento del nombre de la persona á quien habian dado asilo aquella noche.

Algunas horas despues, un caballo cubierto de espuma llegó á parar sus ligeros cascos, llenos de húmeda arena junto á la modesta cabaña del pescador.

Un ginete ricamente vestido, desmontó de él, y puso en manos de Pablo un pergamino enrollado, en que se le nombraba primer gefe de las pesqueras de *sua Escellenza* el virey de Nápoles.

Entonces todo lo comprendieron.

El extranjero á quien la noche antes habian hospedado en su modesta morada: el advenedizo á quien habian dado sus preciosos alimentos, era el mismo virrey, naufrago en una pesquería.

Lucciola y Benedetto fueron desde aquel día, los dos seres mas queridos de *sua Escellenza* y de todo Nápoles

FABIO DE LA RADA Y DELGADO.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA RUSIA Y LOS RUSOS.

PALACIOS Y ALDEAS.—SEÑORES Y SIERVOS.

II.

Vida del señor ruso en sus tierras.—Sus audiencias solemnes.—Presentacion de súplicas.—Horas de comer.—Antigua y nueva nobleza.—Grandeza de la una, mezquindad y crueldad de la otra.—El señor ruso quemado vivo.—El boyardo gordo.—Remedio de Pedro el Grande.—Trabajo en las minas, receta contra la gordura.—Carta de Pedro el Grande al Senado.—Repartimiento de tier-

ras.—Venta y compra de siervos.—Obrok ó renta.—Obrok en dinero.—Obrok en trabajos.—Tiempo de holganza y de la siega.—Emigracion de los segadores, sus campamentos.—Distribucion de las familias de los paisanos.—Modo con que los señores rusos compensan á sus siervos los trabajos extraordinarios que les imponen.

La vida de un señor ruso en sus tierras no se parece en nada á la vida que hace en las ciudades ó en la corte. Allí es esclavo, aquí es amo. Desde por la mañana sentado en un grande y blando sillón, envuelto en su bata, con su larga pipa en la boca da sus audiencias. Allí se ven lle-

gar sucesivamente el intendente del patrimonio, los starostes, los empleados en el escritorio, todos con el sombrero debajo del brazo y sus papeles en la mano. Dan cuenta de su administracion, esponen el resultado de sus trabajos pasados, y discuten los proyectos y planes para lo sucesivo. Mejora del cultivo de las tierras, corta de leñas, conservacion de los prados, vergeles, jardines y estufas. planes de reforma para la vida de los siervos, para sus prestaciones en dinero y en frutos, para su contribucion en el alistamiento militar, para el alivio ú aumento de sus rentas; tales son las cuestiones que están ordinariamente á ya órden del día. El señor oye el parecer de cada uno y decide en seguida en último recurso.

Aunque la mayor parte de los señores rusos, más familiarizados que sus padres con las costumbres europeas, tratan de abrogarla, no por eso ha dejado de subsistir en casi todas las antiguas familias.

Depende esto, como ya hemos dicho, del espíritu de rutina de los paisanos moscovitas, y su inviolable apego á sus tradiciones.

A las nueve el señor ruso toma el té, siempre fumando en su larga pipa y sin interrumpir su trabajo. A las once se desayuna y despues da una vuelta por su propiedad. Come á las cuatro, y á las ocho de la noche toma su segundo té. Esta es la vida normal. Vienen despues las caceras, las pescas, las visitas, las giras y expediciones lejanas, que



Aldea rusa.—Aspecto de sus casas.

Estas audiencias no solo son provechosas para las autoridades, sino tambien para los simples paisanos que son admitidos á ellas. Preséntanse estos delante de su señor de rodillas, con los ojos bajos y colocando sobre su cabeza el memorial ó pretension que le traen. A menos que no lo hayan desmerecido por su mala conducta, siempre son recibidos benévolutamente por su amo, y si su pretension es justa es concedida inmediatamente. Entonces es el cuento de nunca acabar con testimonios de agradecimiento, saludos y protestas. El señor los despide dándoles á besar su mano.

Esta costumbre de presentar los memoriales ó súplicas sobre la cabeza, proviene de los tiempos mas remotos.

alteran la uniformidad y hacen mas corta la duracion de la estacion.

Es verdaderamente lo que se llama una espléndida existencia. Un rey en su trono es cien veces menos feliz que el boyardo en su castillo. Hablo aqui sobre todo de esos boyardos tradicionales que gozando de una autoridad secular se hallan naturalmente familiarizados con sus pompas, y no tratan sino de hacer dulce y paternal á sus numerosos vasallos su gobierno. En cuanto á los nobles de nuevo cuño no creen hacer brillar su autoridad sino con la opresion y la violencia, y son unos miserables. La mayor parte del tiempo los paisanos se vengan de sus persecuciones quemándolos

sin piedad sus posesiones, y á ellos mismos con toda su familia. He visto mas de un ejemplo de esta horrible justicia.

Entre estos boyardos de antigua estirpe de que acabo de hablar, me ha parecido encontrar uno que habia gozado de su lujo con tanto esceso, que se habia quedado inmóvil de puro gordo. De seguro que hubiera ganado con que comprar veinte posesiones como la suya si hubiera querido hacerse trasportar al extranjero y enseñarse en las capitales como una maravillosa curiosidad. Su intendente, que no era menos gordo que él, pero que al fin aun podia moverse, le compadecia sinceramente.

—¿Qué vais á hacer á San Petersburgo? le dijo el czar.
—Voy á curarme.
—¿Y de qué?
—De esta gordura que me fatiga y de que en vano he intentado desembarazarme.
—¿Conoceis algun médico á quien podais confiar esta interesante cura? preguntó Pedro sonriéndose.
—No, ninguno.
—Pues bien, voy á daros una carta para mi amigo el principe Mentchikoff, que os dirigirá á uno de los médicos del emperador.



Un baile ruso.

—¿Cómo! le decia ¿no habrá remedio á tan lamentable posicion?

—Sin duda, hay la dieta, pero la dieta y mi amo están reñidos hace mas de veinte años.

—Habria aun el remedio de Pedro el Grande, me dijo al oido una persona que se hallaba presente.

—¿Cuál es ese remedio de Pedro el Grande?

—¿Teneis curiosidad de saberlo?

—Seguramente.

Mi interlocutor aprovechó una ocasion favorable para llevarme al hueco de una ventana, y me contó la siguiente anécdota:

Viajando un día Pedro el Grande de incógnito en el gobierno de Olonetz, donde hacia ejecutar varios trabajos marítimos, se encontró con un individuo muy gordo que iba á San Petersburgo.

Llegado apenas á San Petersburgo nuestro viagero se apresuró á ir á ver á Mentchikoff para entregarle el billete de su oficioso desconocido

La respuesta fué pronta.

A la mañana siguiente un carro de posta atravesaba con ruido las calles de la ciudad, y sobre este carro se veia un hombre muy gordo atado de pies y manos, que en vano se resistia entre dos comitres.

—¿Qué es eso? preguntaban los que pasaban por la calle.

—Nada, un pobre diablo que llevamos á las minas.

Pasáronse dos años. Pedro el Grande tuvo el capricho de ir á visitar sus minas; pero despues de tanto tiempo habia olvidado la aventura del hombre gordo, y seguramente la fisonomía de las gentes que trabajaban á su vista no era la mas propia para recordársela.

De repente un minero arrojando el azadon se dirige corriendo á él y cae de rodillas á sus pies:

—¡Perdon, perdon! esclama.

Pedro el Grande le mira asombrado, despues volviendo en sí como recordando le dice:

—¡Ah! ¿eres tú? bien, espero que estarás contento conmigo; ya ahora no tienes la gordura. ¡Qué talle tan flaco y tan delgado! ¡Escelente cura en verdad! Marcha y acuérdate que el trabajo es el mejor antídoto contra tu enfermedad.

El presidiario *libertado* dejó sin pesar las minas que le habian servido de hospital, jurando curarse en lo sucesivo aunque se halle *in extremis* sin el auxilio de los médicos del emperador.

Esta chanza de Pedro el Grande seguramente fué una crueldad. Estraño y maravilloso era el carácter de este soberano: mezcla de barbárie y de civilizacion, de sencillez y grandeza, familiar y sublime. Yo he visto de él una correspondencia escesivamente curiosa que se conserva en los archivos del almirantazgo de San Petersburgo.

He aqui entre otras una carta que dirigió al Senado, durante su guerra con los turcos. Dificilmente podrá imaginarse nada mas noble y mas prudente.

«Señores del Senado :

» Os informo, de que con todas mis fuerzas, sin culpa alguna ni falta de mi parte, sino únicamente por consecuencia de falsas noticias, me hallo rodeado de tal manera de fuerzas turcas, cuatro veces mas numerosas que las mías, que todos los caminos para recibir municiones están interceptados, y que sin un socorro inminente de Dios no puedo prevenir mas que una derrota total ó ser hecho prisionero.

» Si sucediese este último caso, no debéis tenerme por vuestro czar ó soberano, ni ejecutar nada no obstante las órdenes que yo pudiese firmar de mi propia mano, ni lo que yo en un caso exigiese de vosotros hasta que en persona me presente en el Senado. Si pereciese, en cuanto recibais la noticia positiva de mi muerte elegireis mi sucesor entre el mas digno de vosotros.

PEDRO.»

El siervo ruso depende enteramente de su señor, que puede á su arbitrio venderlo ó cambiarlo con tal que no lo separe de la tierra á que pertenece. Sin embargo, la autoridad del señor ruso, aunque despótica, no puede fácilmente degenerar en abuso. Se halla sometida por una parte á leyes especiales, sobre cuya ejecucion vela la policia imperial; y por otra á reglamentos de orden, cuya observancia está confiada al mariscal de la nobleza.

Un señor ruso que prevaricase en materia grave seria ó castigado por los tribunales ó puesto en tutela é interdiccion por la asamblea de sus pares. Es preciso desconfiar muchísimo de esos escritores que pintan la servidumbre rusa como la mas inicua, la mas monstruosa institucion.

Sin ser propietario el siervo ruso, tiene un terreno que cultiva cuyos frutos recoge y consume. He aquí cómo el príncipe de quien se ha hablado en el número anterior, organiza en sus dominios la distribucion de las tierras. Toma por base el número de trabajadores. Así á una aldea que posee cincuenta trabajadores le asigna cincuenta y cinco partes.

Cada uno tiene su parte, y en cuanto á las partes suplementarias se van dando sucesivamente á los paisanos de la aldea que habiendo cumplido diez y ocho años son aptos para el matrimonio, y ser inscritos en el número de los trabajadores.

En el interin que las partes suplementarias de tierra puedan entregarse á los que tienen las condiciones, se arriendan á cualquiera á condicion de entregarlas á sus poseedores naturales al llegar á la edad legal.

En caso de esceso de trabajadores, no se introduce ningun aumento en las partes, supliéndose á ella con una emigracion.

Hay señores que no asignan á cada aldea sino un número de porciones de tierra igual al de trabajadores, y cuando se aumenta uno nuevo proceden á un nuevo reparto. Mal método que favorece á los perezosos y desalienta á los activos, que no pueden en efecto cultivar con ardor un campo cuya posesion les ofrece tan incierto porvenir. Así la pereza del siervo es la ruina del señor.

La explotacion del campo señalado al siervo ruso debe bastar para alimentarle á él y á toda su familia. El señor no reclama nada de su producto, al menos no lo reclama sino bajo el titulo limitado del *obrok* ó censo.

El *obrok* se paga en trabajo ó en dinero. A titulo de trabajo no puede ser exigido del siervo por el señor sino tres dias por semana. La fijacion del *obrok* en dinero es arbitraria, varia segun el número de siervos y la riqueza de los señores. El término medio es de setenta á ochenta rublos por año (cerca de 240 á 320 reales.) Hay señores que se muestran mucho mas exigentes, y en tanto que la ley no ponga un limite fijo á sus exigencias, el *obrok* en dinero será un perenne manantial de graves abusos.

Ordinariamente el señor deja á sus paisanos la eleccion del género de *obrok* que prefieren pagarle. Estos se arreglan segun su pereza. Si las tierras que les han dado son fecundas y de fácil producto, eligen el *obrok* en dinero; si por el contrario son tierras malas que no producen sino á fuerza de labor, eligen el *obrok* en trabajo. Concíbese esta determinacion. El *obrok* en dinero no puede ser pagado sino con el producto de un trabajo real, mientras que el *Obrok* en trabajo se satisface con tres dias pasados en las tierras del amo, tres dias de un trabajo ficticio en que la mayor parte del tiempo están mano sobre mano ó tumbados y durmiendo á pesar de la activa vigilancia que para evitarlo emplean los intendentes.

Los siervos que se deciden por el pago del *obrok* en dinero están tambien obligados á una prestacion anual, que deben pagar como todos ellos en trabajo. Este trabajo suele durar trece dias, y tiene lugar en la época de la recoleccion y la siega. Entonces sucede una cosa muy curiosa y particular en todas las aldeas de Rusia. La poblacion masculina emigra toda entera para ir cada paisano con su caballo á las tierras del señor. Allí se forma un campamento con tiendas, y mientras dura la recoleccion ó la siega, vivaquean en él los paisanos sin cuidarse de sus familias ni de sus cabañas. Verdad es que seria superfluo este cuidado. Los paisanos se arreglan de modo que la siega señorial no les prive enteramente de los brazos necesarios para el cultivo de sus propios campos. Los señores mismos facilitan este arreglo exigiendo que haya en cada casa al menos dos hombres con una muger. De esta manera uno de estos

hombres puede emigrar sin que la mujer se quede sola para los cuidados domésticos y el cultivo del campo de la familia.

Si el tiempo de la recolección ó la siega pasan de los trece días, no por eso los paisanos se desertan de las tierras del señor, sino que este les toma en cuenta este trabajo para rebajárselo del *obrok* ó censo que pagan anualmente.

III.

Fiestas de la siega.—Embriaguez de los paisanos rusos.—Tabernas de la corona en las tierras de los señores.—Cantos y bailes rusos.—Aspecto de las aldeas de Rusia.—Interior y exterior de las casas.—Modo de construir las.—Incendios.—Medios para evitarlos ó combatirlos.—Reunión en casa de los paisanos rusos.—Singular modo de alumbrarse.—*Balalaika*, ó guitarra rusa.—Vestido de invierno y de verano de los paisanos rusos.—*Hokoschnik*, peinado nacional de las mujeres.—Riqueza de los vestidos de los días de fiesta.

En Rusia como en todos los demás contornos de la Europa, el tiempo de la siega es un tiempo de fiestas y regocijos. Entonces el paisano entregándose sin reserva á su gusto por el aguardiente, termina casi siempre su jornada con una embriaguez de las más locas y de más increíble extravagancia. Nada es más divertido y más tierno á la vez que los paisanos rusos en estado de embriaguez. Abrázanse con efusión y se dirigen las más tiernas expresiones. Así se les ve correr delante de su señor ó del intendente que ocupa su lugar, ó aun del extranjero que reconocen por amigo, arrojarse á sus pies y asegurarles su inviolable adhesión, su eterna fidelidad.

¡Cuántas veces no he recibido yo de ellos las más interesantes protestas! El paisano ruso borracho es el hombre de la naturaleza con todo lo que ella tiene de risueño, con un perfume de felicidad. Guárdese bien cualquier señor ruso de proibir la embriaguez en sus dominios. De tal modo le encanta la felicidad que proporciona á sus siervos, que lejos de poner obstáculos á ella la favorece por todos los medios. Por su parte el gobierno mantiene sobre las tierras señoriales un cierto número de tabernas, de que saca una renta, un producto considerable. Son los únicos establecimientos que puede tener sobre esta clase de tierras. El señor no tiene derecho de oponerse á su establecimiento: solo tiene la facultad de designar el lugar donde mejor le conviene. Semejante uso parece muy singular, empero se halla de tal modo arraigado en las costumbres del país, que nadie piensa en modificarlo.

Si le diese el capricho á cualquier señor de suprimirlo, concibese muy bien que de repente se sublevarian contra él todos los siervos teniendo que habérselas al mismo tiempo con la administración del aguardiente y los empleados de la corona. Las sociedades de la Templanza jamás han podido entrar en Rusia!...

A menos que la embriaguez no les dé por demasiado tiernos, los paisanos rusos hacen resonar el aire con los cánticos más graciosos, y se entregan á todo el delirio del baile.

El baile ruso tiene un carácter singular. Al mismo tiempo que exige al bello sexo una estremada modestia y perfecta impasibilidad, requiere en el hombre una escentricidad y un atrevimiento en los pasos que desafiarían los bailes más desordenados, y todo esto se ejecuta al son de una especie de guitarra llamada *balalaika*, para que el músico mezcle los sonidos de su garganta y los golpes de sus pies.

Los solos del hombre se componen de figuras extraordinarias, de que algunas recuerdan nuestro bolero y fandango de Andalucía. Un buen bailarín es muy apreciado entre los siervos rusos, y es de derecho el gallito de la aldea.

La primera vez que yo vi en Rusia los bailes nacionales fué en una aldea en las inmediaciones del lago Ladoga; era muy tarde, acababa de tomar un té y me disponía á acostarme cuando sentí llamar á mi puerta. Eran cinco ó seis paisanos que con todas las señales del más profundo respeto venían á invitarme á una gran reunión que iban á tener en la casa de Ivan Petrovich. Condescendí con ellos y me fui á su baile.

La casa de Ivan Petrovich era una de las más bonitas de la aldea, lo que no era muy difícil porque esta aldea estaba muy mal construida. Ordinariamente las casas de los paisanos están un poco alejadas las unas de las otras, y algunas veces colocadas de dos en dos con un pequeño patio á cada lado. La fachada que da sobre la calle no tiene puerta. Entrase por el patio donde hay una escalera que conduce al interior de la habitación. Aunque las casas de muchos pisos no son del gusto de los rusos, los paisanos dejan siempre un espacio vacío de ocho á diez pies de alto entre el suelo y las habitaciones. Este espacio vacío está reservado al ganado menudo.

La pieza principal, que ordinariamente recibe la luz por tres ventanas, ocupa todo el lado que da sobre la calle. Encima se encuentra algunas veces un cuartito con un balcón; sirve habitualmente á las jóvenes doncellas, y bajo el nombre de *Terema* es el objeto de las canciones populares, como un lugar de misterio y de poesía. Detrás de la casa están las diversas dependencias, el establo, la cochera, la bodega, el almacén de harina y el baño. Se encuentra también en todas las aldeas rusas depósitos de granos pertenecientes al común de los vecinos. Estos depósitos están encerrados ordinariamente en edificios aislados para preservarlos de los incendios.

Los paisanos ricos solo son los que hacen pintar las fachadas de sus casas; los colores que prefieren son el verde para las paredes y el encarnado para los techos. Pero la mayor parte de las habitaciones no presentan sino troncos sobrepuestos unos á otros sin corteza, y ennegrecidos por el tiempo, de que resulta que una aldea rusa parece á lo lejos una masa cenicienta monótona, sin ningún efecto pintoresco. Si las casas fuesen de un color claro, con los graciosos cortes con que las adornan, con sus persianas pintadas de brillantes colores, sus balcones y sus galerías sostenidas por ligeras columnas, harían de las aldeas rusas un conjunto verdaderamente encantador. Los adornos y los recortes con que engalanan el techo, las galerías y la escalera interior, recuerdan las habitaciones de los Alpes, y más particularmente las casitas suizas; pero la distribución interior de estas es enteramente diferente.

Como en medio de estas aldeas de madera los incendios son muy fáciles y por consecuencia muy frecuentes, importa que los socorros sean pronto, y que cada uno sepa fija y anticipadamente lo que ha de hacer en este caso. Por eso se ve encima de las puertas de las casas pintado de negro ó encarnado el instrumento con que, el que la habita debe ir á apagar el fuego; cuál con un cubo, cuál con un hacha, cuál con un pico, etc. Se vé también en las aldeas de los señores bien organizadas una elevada torre, en la que velan

dia y noche centinelas para dar la alarma al primer resplandor de incendio que divisen en la propiedad del amo. Hay tambien señores que han llegado hasta á organizar en sus tierras un servicio perfectamente regular de bombas. Seria muy de desear que los demas señores los imitasen.

Volvamos á la casa de Ivan Petrovich.

Yo me aguardaba asistir á una espléndida reunion, pero fué solo una reunion curiosa. No me quejo seguramente. Introdujéronme en una gran sala cuyas paredes de madera de pino, habian guardado su color oscuro natural. En medio se levantaba una especie de caballete de hierro sobre el cual habian colocado una tea inflamada. Esta era toda la luz que iluminaba la sala: cuando se consumió la tea la reemplazaron con otra sacada de un enorme haz que habia al pie del caballete. Todo alrededor de la sala habia un banco de madera: sobre este banco se hallaba sentada toda la sociedad. Componíase únicamente de jóvenes doncellas hilando cáñamo con sus ruecas en la mano. Una vieja la presidia. Cuando entré en la sala se levantaron todas, pero sin mirarme, sin hacer el menor gesto, despues comenzaron á cantar canciones tristes, monótonas, como casi todas las canciones de las paisanas rusas. Despues tocó el turno á los mozos. Entonces la reunion se convirtió toda en bulla y alegría. La balalaika hizo vibrar con gran ruido sus cuerdas, crugió el suelo con los esfuerzos de los bailarines, pero las jóvenes no salieron un punto de su calma habitual: bailaron como momias, sin alzar los ojos y sin reir un instante.

Contraste verdaderamente curioso forma la impasibilidad de la bailarina rusa con las contorsiones y piruetas de todo género de su bailarín. Este, lejos de entibiarse, se mueve y se agita con mas ardor, como si la exageracion de sus movimientos debiese compensar la falta de los de su compañera.

Este singular baile duró hasta la una de la madrugada, hora en que sirvieron á los convidados una especie de torta muy caliente, que cada uno al comerla mojaba en *kwass* (especie de cerveza) y con aguardiente.

El vestido de las paisanas rusas tiene un sello enteramente oriental. Consiste durante el invierno en una pelliza bastante corta, hecha de piel de carnero. Durante el verano en una túnica de paño burdo gris, y para la clase acomodada de paño azul oscuro. Esta túnica se ciñe alrededor del cuerpo con un ancho cinturón encarnado. Desde San Petersburgo hasta Tuver, los paisanos llevan un sombrero de fieltro ensanchado hácia lo alto con alas anchas adornado con una cinta y una hevilla de metal. A medida que se aproxima uno á Moscou, va viendo los sombreros mas puntiagudos en lo alto y mas estrechos en las alas.

Los elegantes, entre los que es preciso contar sobre todo, á los cocheros, añaden á la cinta que los rodea una rosa, una pluma de pavo real, ó cualquiera otro objeto de esta clase. En verano su calzado se compone de *lapti* (especie de zapatos de corteza de árbol) atados alrededor de las piernas con unas tirillas cruzadas, debajo de las cuales, con una ancha venda de lienzo envuelven el pie y las pantorrillas, á modo de medias. Un calzoncillo muy ancho metido en las botas ó los *lapti*, y una camisa sobre los calzoncillos y atada alrededor de los riñones con un ceñidor bastante delgado completan su equipo. Antes de que la fabricacion del algodón estuviese tan generalizada como hoy,

las camisas que llevaban las gentes del pueblo ruso, eran casi todas de telas de hilo, actualmente en el pais atravesado por el gran camino de San Petersburgo á Moscou, no se usan mas que telas de algodón. Su color, ordinariamente es encarnado, porque para el paisano ruso, encarnado y bello, son idénticos y sinónimos. El peinado de las mugeres, se compone de un gorro de terciopelo ó de seda, bordado de oro ó de perlas, formando alrededor de la cabeza como una graciosa aureola (*ckakoschnik*). Este peinado forma parte del vestido de corte y sienta á las mil maravillas. Asi se representa muchas veces á la emperatriz con este traje. En lugar de *ckakoschnik*, las mugeres de Tarjok y de Tuver, llevan sobre la cabeza un gorro alto y cónico, cuya punta cae hácia adelante y que podria compararse á un zapato. Las mugeres del campo lo reemplazan por un pañuelo de color atado bajo la barba. El vestido principal se compone de una larga bata sin talle, de lana, de seda ó de algodón que se ajusta al cuerpo con un cordón de color



Corona de la emperatriz. (*Chakoschnik*).

Las mangas son muy cortas, y por debajo de ellas salen las de la camisa que se sujetan alrededor de los brazos con unos puños. Esta bata ó este vestido se llama *sarafanne*. En invierno las mugeres llevan por encima una pelliza que apenas pasa de las caderas, cogiéndoles el talle y plegada por bajo como un abanico. A esta pelliza se le da el lindo nombre de *doachegreika*, (calentador del alma).

Los días de las grandes fiestas, el vestido de las aldeanas rusas, es de un brillo, de una riqueza sin igual. Yo he visto en Nonaca-Ladoga el día de Pentecostés, á jóvenes en el paseo con vestidos de tela de oro, medias blancas, zapatos encarnados, *ckakoschnik* adornado de oro y pedrería terminado por un velo que caia hasta los talones, pulseras de oro, collar de perlas, pendientes de diamantes, cabellos en largas trenzas entretreídas con cintas y ligeras flores. Imposible es imaginar nada mas bonito ni mas pintoresco!!